

Tudor Rose 2

SUSAN WIGGS

*El abrazo de
la doncella*

Guapo e incorregible, Oliver de Lacey siempre ha vivido a tumba abierta: el vino, las armas y las mujeres son sus emblemas. Ni siquiera cuando una misteriosa sociedad secreta lo salva de la horca siente el impulso de abandonar sus costumbres libertinas. La única pasión de *mistress* Alondra es su labor clandestina junto a un grupo de rebeldes protestantes que intenta impedir las ejecuciones ordenadas por la reina. Alondra no busca nuevas emociones... hasta que Oliver de Lacey cae por la trampilla del patíbulo y entra en su vida.

Mientras sus destinos quedan indisolublemente unidos en su lucha contra la persecución monárquica, Oliver y Alondra descubren un amor que merece la pena salvar. Un amor por el que incluso merece la pena morir.

Para mi colega Barbara Dawson Smith, con cariño y gratitud,
por todos estos años de amistad.

Soy más falso que promesa de borracho.

William Shakespeare.
Como gustéis, acto III, escena V.

Prólogo

Oliver de Lacey había muerto miserablemente. Había subido a la horca balbuciendo y suplicando, y su último acto como mortal había sido orinarse encima.

Esa mañana se había levantado en su húmeda celda de Newgate, había suplicado una última vez engendrar un descendiente en la hija del carcelero, había mentido entre dientes al sacerdote que fue a darle la absolución y vomitado su último desayuno.

Ahora estaba pagando por sus muchos pecados.

Después de la ejecución, su descenso al infierno no fue como esperaba. De hecho, rayaba lo peculiar. Estaba oscuro, sí, pero ¿qué eran esas diabólicas rendijas de luz gris y esos crujidos como de madera? Y si había abandonado su cuerpo mortal, ¿por qué tenía aquel molesto dolor en el cuello?; ¿por qué olía a madera recién cortada?

Aquello era nuevo y especialmente horrendo para un hombre que no esperaba morir ajusticiado como un delincuente de poca monta, nada menos. Siempre había sabido que moriría joven. Pero se había esforzado por asegurarse una muerte gloriosa. Soñaba con perecer en un duelo, montando a caballo, o quizás incluso mientras estuviera en la cama con la mujer de otro.

No colgado del cuello mientras una muchedumbre sedienta de sangre le increpaba (¡Dios no lo quisiera!).

Al menos nadie sabía que quien había muerto al amanecer era lord Oliver de Lacey, barón de Wimberleigh. Le ha-

bían arrestado, juzgado y sentenciado bajo el nombre de Oliver Lacey: un granuja cualquiera, con el rostro cubierto por una poblada barba, que había incitado más de un motín.

Menos mal. Así había ahorrado a su familia una tremenda humillación. Se habían ido todos al extranjero a pasar la primavera, y al volver descubrirían que Oliver se había esfumado sin dejar rastro.

¡Ah, qué desperdicio!, pensó con fastidio mientras aquel extraño medio de transporte lo conducía a la condenación eterna. Había querido dejar su huella durante el poco tiempo que pasara sobre la tierra. Con ese fin, había enamorado a todas las mujeres que se cruzaron en su camino, luchado en cada batalla que se topó, probado cada manjar, leído cada libro, y se había embarcado en cada aventura al alcance de un joven noble y de buena disposición. Había vivido de prisa y con pasión, vorazmente, sabedor de que su enfermedad acabaría por doblegarlo algún día.

Y esa mañana, una hora antes de que cantara el gallo, había muerto como un cobarde.

—Dicen que ha muerto de mala manera —aquella voz traspasó la carreta con destino al infierno en la que viajaba Oliver—. ¿Vos lo visteis?

Cielo santo, qué voz más horrible y profana.

—Sí, lo vi —aquella voz, en cambio, era dulce como el trino de la alondra al amanecer—. No tuvo ni pizca de dignidad. No sé por qué Spencer insistió tanto en llevarse a este.

¿Spencer? ¿El diablo se llamaba Spencer?

—Los caminos de Spencer —dijo la voz horrenda—, como los del Señor, son inescrutables. ¿Sabe que venís?

—Claro que no —contestó la mujer—. Cree que solo ayudo con el cifrado. No debe enterarse.

—Rayos y centellas, esto no me gusta. Ni un pelo.

Amén, pensó Oliver. La muerte se volvía más rara por momentos. Descender al infierno era un asunto sumamente

extraño.

Los crujidos y el traqueteo cesaron de repente.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Oliver. Se preparó para una avalancha de fuego y azufre.

—Ahora tened cuidado. ¿Hay alguien por ahí? —preguntó el hombre.

—Solo el enterrador jefe, en su choza. ¿Le disteis el vino bien cargado?

—Oh, sí. No moverá ni un hueso.

—Pero veo una luz en la ventana —dijo la mujer.

—Sí. Más vale que hagamos un poco de teatro, entonces. Acercad la carreta al borde de la fosa. Vamos a sacarlo —la carreta se sacudió—. So. ¡So! Maldito penco deslomado. Casi se mete en la fosa. Pasadme ese cincel. Voy a quitar la tapa.

Un chirrido resonó en el aire, seguido por un relincho.

—¡Rayos y truenos! —siseó el hombre—. ¡Cuidado con la caja! Vais a volcarla.

Una raya de luz se abrió a los pies sin vida de Oliver. Luego empezó a inclinarse, a resbalar, hasta que sus restos cayeron por una abrupta pendiente. Aterrizó sobre algo polvoriento y mucho más pestilente que cualquier cosa que se hubiera hecho en los calzones.

—Oh, no —susurró la mujer—. ¿Qué hemos hecho, doctor Snipes?

«Sí, ¿qué?», se preguntó Oliver.

—Ha caído a la fosa —dijo ella como si hubiera oído su pregunta.

«¡Ah!», pensó Oliver. «Al menos esto empieza a tener sentido». El infierno era una sima, tal y como lo había descrito el señor Dante. Aunque allí hacía frío. Un frío que calaba los huesos.

—Hay que sacarlo —dijo el hombre llamado Snipes.

«Sí, sí, por favor». Oliver intentó hablar, pero de su garganta herida no salió ningún sonido.

—¡Mirad, doctor Snipes! Se ha dado la vuelta. ¡Santo cielo, se ha salvado!

«¿Salvado?».

Oliver vio un par de sombras cernerse sobre él, un cielo gris y nublado tras ellas.

—¿Señor Lacey? ¿Me oís? —dijo la mujer.

—Sí —la voz le salió como un fino silbido.

—¡Habla! ¡Alabado sea Dios!

¿Por qué alababa a Dios aquel instrumento del diablo? ¿Y por qué se dirigía a él llamándolo Lacey? Seguramente el diablo conocía su verdadera identidad.

—Señor Lacey, tenemos que sacaros de ahí —dijo Snipes.

—¿Dónde estoy? —ya estaba. Había hablado. Con voz horriblemente rasposa, claro, pero inteligible.

—Yo, eh, bueno, estáis cerca de la acequia de la City, al otro lado de Greyfriars —dijo Snipes—. En un, eh, en un cementerio para pobres.

—¿Esto no es el infierno? —preguntó Oliver tontamente.

—Algunos dirían que sí —murmuró la mujer.

Dios, le encantaba su voz. Era de esas voces que adoraba en las mujeres: dulce, pero no aguda, enérgica y precisa como una cítara bien afinada.

—El cielo no es, desde luego —dijo—. ¿El purgatorio, entonces?

—Doctor Snipes —susurró la mujer—, cree que está muerto.

—Estoy muerto —afirmó Oliver con su voz rasposa. El polvo y la paja se removieron cuando levantó el puño. Estornudó—. Morí de mala manera. Vos misma lo habéis dicho.

Habría jurado que la oía ahogar una risilla.

—Señor, os colgaron, pero no moristeis.

—¿Por qué no? —Oliver se sentía ligeramente ofendido.

—Porque nosotros no lo permitimos. Sobornamos al verdugo para que acertara la cuerda y nos aseguramos de que os bajaran, os declararan muerto y clavaran la tapa de vuestro ataúd antes de que murierais.

—Ah —Oliver se quedó pensando un momento—. Gracias —luego gruñó—: ¿Queréis decir que supliqué, me humillé y me ori... me puse en ridículo para nada?

—Eso parece.

Un gallo cantó a lo lejos.

—Vamos, hay poco tiempo. Tenemos que sacaros de ahí. ¿Podéis moveros?

Oliver intentó sentarse. ¡Jesús, qué débiles tenía los miembros! Logró incorporarse un poco.

—Esto está lleno de bultos —se quejó—. ¿En qué clase de agujero estoy metido?

—Ya os lo ha dicho *mistress* Alondra —contestó Snipes—, es una tumba para pobres.

Alondra. Su nombre era tan delicioso como su voz.

—Convendría que os dierais prisa —dijo ella—. Podrían pegaros alguna enfermedad.

—¿Quiénes? —preguntó Oliver.

—Los muertos. Es una fosa común, señor. Ahí un montón ahí abajo, cubiertos con tierra y paja. Cuando la fosa está llena, se tapa.

—Y todo ese limo es un magnífico abono cuando empieza a crecer la hierba —comentó solícitamente el señor Snipes.

—¿Queréis decir...? —Oliver sintió una náusea. Se levantó de un brinco—. ¿Queréis decir que me habéis arrojado sobre un montón de... cadáveres?

—Ha sido un accidente lamentable —dijo Alondra.

Oliver había pasado varias semanas en Newgate, soportando la mala comida y el aire pútrido. Lo habían colgado casi hasta la muerte. Era imposible que tuviera fuerzas para hundir las manos en la tierra húmeda y salir de la tumba a gatas.

Pero lo hizo.

En cuestión de segundos estaba tendido sobre la hierba fría y cubierta de rocío, intentando recobrar el aliento.

—Por Dios, qué asco —silbando, se dio la vuelta. Sus salvadores se inclinaron para mirarlo. Snipes llevaba el manto negro y el sayo de los enterradores, y a la luz incierta del amanecer Oliver vio un brazo retorcido y seco, una nariz y una barbilla prominentes y un pelo blanco y plumoso bajo una gorra plana.

—Voy a decirle al enterrador que hemos dado sepultura a este pobre pecador —Snipes se alejó cojeando entre las sombras, camino de la choza que se veía a lo lejos.

—¿Tenéis fuerzas para levantaros? —preguntó Alondra. Oliver la miró.

—Dios mío —dijo con los ojos fijos en su cara pálida y ovalada, en sus rasgos delicados e iluminados por el alba, rodeados por un nimbo de cabello lustroso y negro que escapaba de una sencilla cofia—. Dios mío, sois un ángel.

Los labios carnosos y rojos de la mujer se tensaron por las comisuras.

—Nada de eso.

—Es cierto. Estoy muerto. He muerto y he ido al cielo y vos sois un ángel, y voy a pasar la eternidad a vuestro lado. ¡Aleluya!

—Tonterías —sus gestos se volvieron bruscos cuando le tendió la mano—. Vamos, dejadme que os ayude. Tenemos que llegar al refugio.

Tiró de su mano, y su contacto infundió en Oliver una fuerza milagrosa. Al erguirse, vio que era más alto que ella. Por un momento se sintió profundamente unido a aquella mujer. Pero no sabía si ella sentía lo mismo, o si siempre tenía aquella expresión de pasmo.

—¿El refugio? —susurró él.

—Sí —ella se limpió a hurtadillas la mano en el delantal—. Os quedaréis allí hasta que vuestro cuello esté curado.

—Muy bien. Solo tengo una pregunta más que haceros, señora.

—¿Sí?

Oliver le dedicó su mejor sonrisa. Esa que las mujeres de buena cuna decían que podía eclipsar la luz de los astros.

Ella ladeó la cabeza; estaba claro que le faltaba educación para dejarse deslumbrar como era debido.

—¿Sí? —repitió.

—*Mistress Alondra*, ¿queréis tener un hijo mío?

Capítulo 1

—**S**pencer, no vas a creer lo que me dijo ese rufián — Alondra se paseaba por el inmenso dormitorio del priorato de Blackrose—. ¡Valiente canalla!

—¿Lo que te dijo? —Spencer Merrifield, conde de Harstaff, tenía una forma encantadora de levantar una ceja de modo que pareciera un signo de interrogación de color gris. Sentado en su amplio lecho, con el cuerpo enjuto apoyado en cojines y almohadones, parecía bañado por la luz del atardecer que entraba por la ventana circular—. ¿Hablaste con él?

—Sí. En... en el refugio —le supo mal contar aquella mentirijilla, y se quedó mirando el dibujo de las baldosas del suelo. A Spencer le parecería mal que hubiera presenciado la ejecución. Pero el refugio lo llevaban personas piadosas que compartían sus mismas aspiraciones.

—Entiendo. Bueno ¿y qué te dijo Oliver de Lacey?

Ella arrugó el ceño y se dejó caer en un taburete, junto a la cama, metiéndose las suaves faldas de cachemira entre las rodillas.

—Creía que se llamaba Oliver Lacey.

—Ese es uno de sus alias. En realidad es *sir* Oliver de Lacey, barón de Wimberleigh, hijo y heredero del conde de Lynley.

—¿Él? ¿Un noble? —aquel hombre llevaba una camisa sucia, un chaleco de fustán corriente, calzas y medias hechas harapos. Iba descalzo: los zapatos se los quedaban

siempre los guardianes de la prisión. Parecía tan vulgar como un perro callejero... hasta que le sonrió.

Spencer la observó atentamente, como si quisiera asomarse a su pensamiento. Ella conocía bien aquella mirada. Cuando era muy pequeña, solía comparar a Spencer con el Todopoderoso, con todos los poderes de Su condición.

—A veces va de incógnito —explicó Spencer—. Supongo que para ahorrar humillaciones a su familia. Pero ¿qué te dijo el joven lord?

«¿Queréis tener un hijo mío?».

Alondra se puso colorada al recordarlo. Había respondido quedándose boquiabierta de asombro. Y luego, humillada hasta lo más hondo de su alma, se había alejado, ordenándole que se escondiera en la carreta hasta que el doctor Snipes regresara con ellos y llegaran al refugio.

—Voy a tenderme —había dicho Oliver—, pero me tendería más contento si os tuviera debajo.

Menos mal que el doctor Snipes había vuelto y le había ahorrado el tener que responder.

Ahora miró a Spencer y sintió tal oleada de espanto y mala conciencia que le temblaron las manos. Las escondió entre los pliegues de sus faldas.

—No recuerdo sus palabras exactas —dijo, mintiendo de nuevo—. Pero tenía una actitud de lo más insolente.

—Puede que su roce con la muerte lo hubiera puesto de mal humor.

Era un comentario extrañamente comprensivo, viniendo de un hombre tan poco tolerante. Alondra parpadeó, sorprendida. Intentó que sus mejillas sonrojadas perdieran parte de su calor.

—Le vendría bien aprender modales.

—¿Merecía morir, sea un rufián o un hombre de honor?

—No —musitó ella, avergonzada al instante. Tomó la mano de Spencer; la tenía fría y seca por la edad y la mala salud—. Perdóname. Me falta generosidad de espíritu.

Él le apretó los dedos un momento.

—No puede esperarse que una mujer entienda los motivos que impulsan a un hombre a jugarse la vida.

Ella sintió el impulso repentino de apartar la mano, y con la misma rapidez lo sofocó. Le debía todo cuanto era a Spencer Merrifield. Si de vez en cuando sus comentarios bienintencionados le molestaban, debía ignorarlos con buen humor.

—¿Y qué elevado propósito tienes pensado para Oliver de Lacey? —preguntó.

Veía la llama del sol moribundo reflejada en los ojos grises y brumosos de Spencer, que parecían atravesar su alma. A veces temía su sabiduría, porque parecía conocerla mejor de lo que se conocía a sí misma.

—¿Spencer? —Alondra se tocó el rígido corpiño gris, preguntándose si la gorguera o la toca se le habrían torcido.

—Tengo un propósito en mente para ese joven. Querida mía —añadió él—, estoy cada vez más enfermo.

Un nudo de temor se alzó en la garganta de Alondra.

—Entonces buscaremos otro médico, consultaremos...

Él la hizo callar con un ademán.

—La muerte es parte del ciclo de la vida, Alondra. Está por todas partes. No me da miedo el más allá. Pero debo pensar en ti. La casa de Evensong ya es tuya, desde luego. Pienso dejarte todos mis bienes terrenales, todo mi dinero. No te faltará nada.

Alondra apartó la mano y la metió entre las rodillas, buscando calor cuando un escalofrío insoportable se apoderó de ella. Él hablaba con tanta naturalidad, cuando en realidad su muerte cambiaría la vida de Alondra irrevocablemente.

—Tienes diecinueve años —observó él—. La mayoría de las mujeres ya son madres cuando alcanzan tu edad.

—No me arrepiento de nada —dijo ella tajantemente—. A decir verdad...

—Calla. Escucha, Alondra. Cuando yo muera, te quedarás sola. Peor que sola.

¿Peor? Ella contuvo el aliento. Luego dijo:

—Wynter.

—Sí. Mi hijo —aquella palabra sonaba en sus labios como una maldición. Wynter Merrifield era hijo de su primera esposa, doña Elena de Dura. Muchos años tras, antes del nacimiento de Alondra, el matrimonio se desplomó bajo el peso del desprecio de doña Elena por su esposo inglés y sus flagrantes aventuras con hombres más jóvenes. Como la Iglesia de Inglaterra y la Iglesia de Roma, un cisma surgido del odio y la infidelidad separó a Spencer y Elena.

Y Wynter, ahora un fornido lord de veinticinco años, fue la víctima.

Al abandonar a Spencer, doña Elena no le dijo que estaba esperando un hijo. Refugiada en Escocia, dio a luz a Wynter y le educó para que odiara tanto a su padre como lo odiaba ella y para que fuera tan devoto de la reina María como Elena lo había sido de Catalina de Aragón.

Hacia dos años y medio que Wynter había vuelto al priorato de Blackrose para acechar como un ave carroñera la enfermedad de su padre. Alondra lo veía furtivamente por la ventana de su alcoba todos los días. Delgado, moreno y guapo como un joven dios, recorría a caballo las tierras a lo largo y a lo ancho, cruzando al galope con su corcel negro los hermosos prados verdes de la orilla del río, o las colinas en cuyas terrazas pastaban las ovejas.

Pensar en él la sacaba de quicio, y se levantó para acercarse a la ventana. El sol descendía sobre los agrestes montes Chiltern, a lo lejos, y en el valle del río se amontonaban las sombras.

—Por ley —dijo Spencer cansinamente—, Wynter debe heredar mis tierras. Le corresponden a mi único heredero varón.

—¿Es tu heredero? —preguntó ella de mala gana, aunque no se atrevió a darse la vuelta para mirar a Spencer.